

EL FEMINISMO ESTA EN EXPANSION

Sofía Montenegro

Virginia Vargas, socióloga peruana de 46 años, es una de las pensadoras feministas más reconocidas de Latinoamérica y una política escritora del continente. Divide su tiempo atendiendo el centro Flora Tristán en Lima y sus clases en una universidad holandesa. En las elecciones de 1985 fue candidata a diputada por el Partido Izquierda Unida.

Coautora del libro **Participación económica y social de la mujer en el Perú**, compiladora de la **Una nueva lectura: género y desarrollo**, ha escrito también **El campesinado en la historia** y **El aporte de la rebeldía de las mujeres**. Actualmente está escribiendo sus últimas reflexiones: **Cómo cambiar el mundo sin perderlo**.

Con más de 20 años de militancia feminista en su haber, Gina -como le dicen en el Perú-, cree que es vital para el ulterior desarrollo del movimiento asumir la democracia en la pluralidad. Estuvo en Managua a principios de octubre para participar en un seminario convocado por la agencia holandesa de cooperación *Novib* para evaluar los proyectos dirigidos hacia la mujer en América Latina.

A Virginia Vargas, la joven socióloga que a principios de los 70, influida por la oleada del nuevo feminismo en el mundo, se metió a organizar el centro *Flora Tristán*, esa concepción que todavía no sabía exactamente qué cosa era, le cambió la vida. Es probable que la haya decidido definitivamente a tirarse de cabeza en el movimiento la opinión de su compañero de entonces. Venía de la militancia de un partido de izquierda y, acababa de terminar un posgrado de Ciencias Políticas. Cuando le comunicó a su compañero la decisión de trabajar en el movimiento, aquél le dijo asombrado: «¿Cómo es posible? ¡Tú eres una tipa brillante, tienes un posgrado y tantas cosas por delante...!, ¿por qué pierdes tu tiempo y tu riqueza teórica en esa tontera que no vale nada que es el asunto de las mujeres?»

«Una opinión semejante de una persona que tú quieres, te hace trastabillar, pero para mí comenzó un proceso que me cambió la vida: me cambió los referentes de legitimidad», dice Virginia:

¿En qué sentido?

En que la legitimidad ya no me venía por lo que me decían desde fuera, de lo que agradaba o no al resto de la gente sino que, estaba obligada a buscarla en mí. Decidir qué es lo que quería y cómo esto me daba la suficiente fuerza para creerme a mí misma y avanzar. Creo que este ha sido uno de los cambios fundamentales para mí.

¿Qué le ha dado en lo más íntimo?

Creo que realmente me cambió la relación con mi cuerpo, la relación con mi sexualidad, la relación con la política. Me cambió muchísimo. Me quiero más a mí misma y aprendí a reconocer todo el valor que hay en la propuesta feminista; en lo que las mujeres dicen y lo que son sus experiencias pero también a reconocer lo que es la mía. Me costó muchos años, por ejemplo, reconocirme en mi capacidad y liderazgo. Ya estoy como en paz con esa parte mía que al comienzo me asustaba un poco.

¿Crees que ese mismo tránsito lo hacen todas las mujeres cuando descubren el feminismo?

Creo que sí. El feminismo te permite un proceso de individuación, de reconocerte a ti como muchas personas, igual a muchas otras, pero diferente. De reconocer tus sentimientos, tus necesidades, tus posibilidades. Yo creo que todas han pasado por eso.

¿Qué balances harías a estas alturas de tu experiencia del feminismo latinoamericano?

Hay una cosa fundamental para mí en todo el feminismo: de alguna forma ha crecido construyendo democracia, abriendo espacios democráticos. Nutrimos y aportamos al proceso de democracias débiles, restringidas generalmente, pero nosotras estuvimos en eso, peleando contra dictaduras, contra autoritarismos y eso nos dio también una posibilidad más clara de comprometernos en otras formas con los problemas de las sociedades. Pero si algo caracteriza al movimiento latinoamericano es el tener que estar permanentemente sentando las enormes carencias que tenemos como mujeres y que tenemos en el mundo, descubriendo además que es cierto que hay una opresión común a todas las mujeres pero que tenemos enormes desigualdades, económicas y sociales.

Hay una unidad por construir en las mujeres pero con base en estas múltiples diversidades de clases, de raza, etc. La realidad es mucho más compleja y eso nos ha permitido abrirnos a las múltiples identidades de las mujeres y a diversas formas de lucha, teniendo en cuenta que en todos los espacios, las mujeres están tratando de ser mujeres en una forma diferente. El movimiento ha adquirido una capacidad de articulación y de propuesta frente a la sociedad. Las preocupaciones actuales del movimiento pasan básicamente por eso: cómo ligar a un ámbito más amplio, en conjunto con la sociedad y otros sectores sociales, incluso a buscar cómo hacer interlocución con algunos sectores masculinos que han comenzado también a comprender desde su masculinidad lo que está pasando con ellos. Eso sí nos da la posibilidad de abrir canales para

que efectivamente el problema de las mujeres sea asumido por la sociedad, por los hombres.

¿Dirías que el movimiento femenino ha crecido en esta década?

Enormemente. El caso de Nicaragua es el de todos los países latinoamericanos. Hay un indicador que es parcial, obviamente, el de los encuentros feministas. Al I encuentro en Colombia en 1981 llegamos 200; al V encuentro en Argentina en 1993 fuimos casi 3 mil mujeres. Detrás de cada una de ellas están cientos de otras mujeres que se mueven en cada país de donde aquellas proceden.

El asunto ya camina solo, ¿no?

Exacto. Pero eso nos abre otro reto. ¿Qué significa haber pasado de un conjunto de mujeres que más o menos compartimos la audacia de la creación y que empezamos a producir y a compartir una determinada teoría, y de repente surge esta explosión de diversidad y pluralidad.

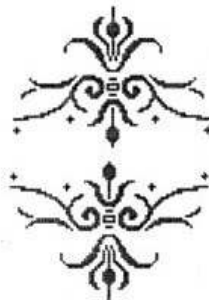
Significa no sólo algo que está creciendo mucho, sino también una situación amenazante, porque no siempre podemos lidiar y trabajar en la pluralidad. La diferencia está instalada en el movimiento, está en sus poros, pero por momentos añoramos un poco ser las que construimos el discurso y las que se supone tenemos verdades más claras que el resto.

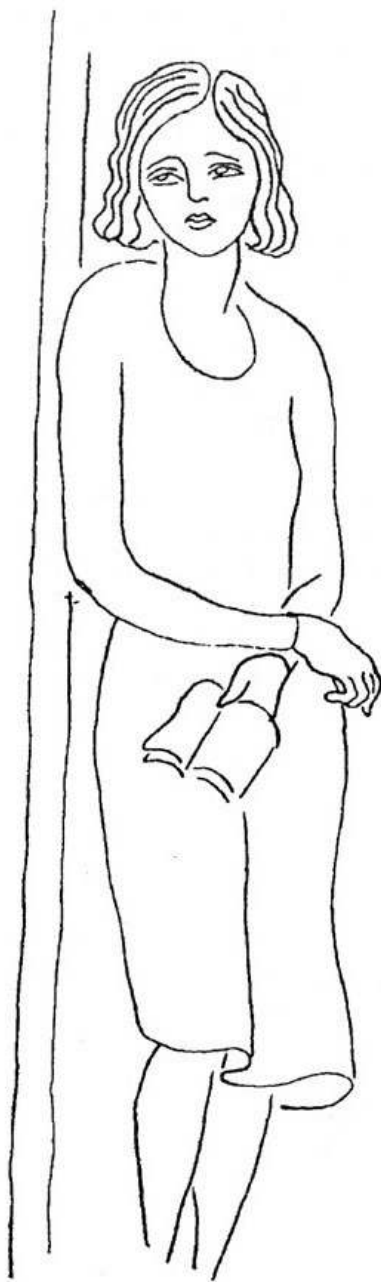
Lo vimos en Argentina. Allí se sintió en toda su complejidad, esta tensión muy fuerte entre la seguridad de lo que estábamos construyendo pero a partir de interpretaciones únicas: el patriarcado como la explicación única y fundamental de la subordinación de las mujeres fue una etapa del movimiento; o el género -sin toda su complejidad- como elemento unitario, cuando ahora nos damos cuenta que las mujeres no se mueven necesariamente por el género, sino por donde les aprieta más el zapato: por lo económico, por la discriminación racial, por el problema de ser jóvenes incomprendidas o lesbianas.

Y eso evidentemente es una puerta de entrada increíblemente rica a que las mujeres desde esas subordinaciones específicas vayan reconociendo su dependencia de género, porque todas estas formas de vivir la subordinación están cortadas por el género. Esto, por ejemplo, que sí lo tenemos más o menos claro en la teoría, no siempre lo podemos llevar a la práctica. Y entonces, por momentos, preferimos tener una verdad que nos explique los fenómenos que preguntarnos un poco más y meternos en caminos un poco inéditos.

En todo caso, el movimiento feminista está indudablemente en expansión y en un momento de ajuste. De transición para una propuesta más amplia. Seguramente de aquí a un tiempo surgirán otros movimientos con los que también nos sentimos tocadas, y donde se está incorporando la perspectiva de género. Esta es otra forma de expansión.

En: **Pensamiento Propio**/noviembre-diciembre, 1991





diseño + tinta sobre papel, Zúñiga 1977

Zúñiga 1933

Francisco Zúñiga
Mujer con libro 1933
Dibujo a tinta